

conversaciones que dieron origen a este tratado entre el 20 de julio y el 5 de agosto del 45 a.C.); su adscripción genérica (diálogo, diatriba, doxografía, etc.), o su unidad estructural: ¿forman los cinco libros un todo, susceptible de ser leído como un manual o vademécum «para la meditación contra los accidentes y avatares de la vida humana, al tiempo que una esperanza más allá de la muerte» (p.51)?, o ¿son, por el contrario, cinco diálogos independientes, cada uno con su propio prólogo, cuya unidad radica en el hecho de que todos ellos se desarrollaron en la villa que Cicerón poseía en Túsculo? Los problemas quedan planteados; de ahí en adelante, será el lector el que extraiga sus propias conclusiones, pues así se pretende en un prólogo prudente y ponderado.

Está claro que cada época actualiza a los clásicos de acuerdo con sus particulares intereses y el grado de conocimiento que de ellos se tiene. En este caso concreto, el propio López Fonseca descubre sus cartas y muestra sus aspiraciones como traductor: acercar la obra a través de un traducción que no lo parezca, por lo que se han eliminado las notas superfluas y sólo se han mantenido aquellas que informan sobre los pasajes literarios que Cicerón incorpora a su diálogo (recurso que se adivina como una de las claves poéticas de la obra); además, por si alguno espoleado por la lectura quisiera más información, se han añadido una bibliografía actualizada y selecta, un cuadro cronológico con los hechos más importantes entre el 106 y el 43 a.C. y un completo índice de nombres propios. Todos estos ingredientes me llevan a otorgar la mejor de las calificaciones a una traducción que, en verdad, no lo parece.

Teresa JIMÉNEZ CALVENTE
Universidad de Alcalá

Javier DEL HOYO - José Miguel GARCÍA RUIZ, *Higino. Fábulas*, Introducción y traducción de Javier del Hoyo y José Miguel García Ruiz, notas e índices de Javier del Hoyo, Madrid, Editorial Gredos, 2009, 411 pp.

Las *Fábulas* de Higino pueden ser consideradas una de las principales enciclopedias mitológicas de la Antigüedad, comparable en cuanto a su difusión a la *Biblioteca* de Apolodoro o a las *Metamorfosis* de Ovidio. Este hecho justifica que en los últimos decenios dicha obra haya sido traducida al castellano en varias ocasiones, aunque con desigual fortuna. He aquí una sucinta relación de dicha nómina de traductores: Santiago Rubio Ferraz (Madrid, ed. Coloquio, 1987, reeditada diez años más tarde en Madrid, Ediciones Clásicas, 1997); Guadalupe Morcillo Expósito (Madrid, ed. Akal, 2008); Francisco Miguel del Rincón Sánchez (Madrid, ed. Alianza, 2009); y, finalmente, Javier del Hoyo y José Miguel García Ruiz (Madrid, Gredos, 2009).

De estas cuatro traducciones la primera de ellas es la que presenta más deficiencias tanto en lo que hace a la fidelidad con el texto original como a la disposición del material, en particular, la disposición por momentos poco rigurosa de los índices finales, complemento vital para una eficaz consulta y una cabal comprensión del texto en algunos pasajes. Por el contrario, en la mencionada en último lugar encontramos una versión/interpretación donde los autores han intentado ir más allá de las fórmu-

las convencionales y de los caminos trillados por quienes les han precedido y no han regateado esfuerzos para acercarse lo más posible a la intención genuina del mitógrafo Higino. Este no es un empeño menor si tenemos presente que tanto la calidad del latín empleado como el estilo del que se sirve el autor latino presentan al traductor moderno numerosas dificultades en su camino para lograr un resultado altamente satisfactorio. En lo que sigue trataremos de detenernos en los hitos principales que han ido superando Javier del Hoyo y José Miguel García Ruiz para llegar al final de este arduo camino, pues si la traducción siempre es un reto, en el caso que nos ocupa es más que eso, un verdadero riesgo.

La traducción propiamente dicha va precedida de un amplio capítulo introductorio donde se da cuenta detallada de la historia directa e indirecta del texto y de las dificultades relativas a la discutible autoría de la obra, así como de las que afectan al propio Gayo Julio Higino (¿64 a.C.-17 d.C.?), en opinión de algunos hispano y liberto de Augusto, a quien le ha sido tradicionalmente atribuida. Los autores en cuestión dan cumplida cuenta de las diferentes teorías elaboradas al respecto y de la literatura que las avala en cada caso; y de forma acertada, a nuestro entender, evitan proponer nuevas tesis que compliquen innecesariamente este ya de por sí complejo estado de la cuestión. Ello no obsta, sin embargo, para que en algunos momentos hagan oportunas puntualizaciones sobre aspectos concretos, como la que encontramos a propósito de la autoría única de las *Fabulae* y del *De astronomia* (pp.13-14, n.26). En esta misma nota se lee la siguiente puntualización: «nosotros podemos citar como argumento probatorio un centenar de contradicciones, algunas muy relevantes, dentro de la propia obra de *Fábulas*». Citamos dicho comentario porque tal estado de cosas condiciona en no poca medida tanto la labor del traductor como los propios recursos que deben ser utilizados para lograr un resultado final que permita al lector una lectura satisfactoria del texto. En otras palabras, las notas explicativas que acompañan a la traducción son un complemento necesario y, además, han de resultar no solo apropiadas al contexto sino proporcionales al asunto que tratan de explicar en cada momento. En este punto entendemos que el contenido de las 967 notas a pie de página aventaja considerablemente a la de quienes los han precedido. No estamos ante una cuestión menor, y ello no solo porque en la mayor parte de las ocasiones el espacio dedicado a las notas sea igual o superior al del texto traducido, sino también porque se trata de que las aclaraciones sean pertinentes. Este detalle no les ha pasado por alto a Javier del Hoyo y a José Miguel García Ruiz, quienes a propósito de la traducción al italiano de las *Fábulas* de Higino por G. Guidorizzi (Igino, *Miti*, ed. Adelphi, Milán, 2000) comentan con espíritu crítico, pero constructivo (p.39): «de forma que sus notas, espléndidas en su mayoría, aportan mucha más información de la que el texto requiere, evitable muchas veces en cuanto que ni es necesaria ni explicativa del texto, habiendo convertido el libro de Higino en un manual de mitología».

En lo que concierne a las notas, merece la pena reseñar que no sólo dejan constancia de errores e imprecisiones del texto, sino que además ofrecen con frecuencia datos complementarios que puede resultar de gran relevancia para lectores con intereses concretos. Así, por ejemplo, no son pocas las ocasiones en que se deja constancia de la posible relación de una fábula de Higino con obras de teatro griegas o lati-

nas desconocidas o de las que apenas si conocemos su existencia o se han conservado algunos versos (véanse notas 290, 325, 357, 396, 459, 465, 501, 515, 718, 730). Tampoco carecen de interés ciertos comentarios que nos dan cuenta de hechos, personajes o costumbres referidos por Higino que únicamente aparecen refrendados en textos epigráficos (véanse notas a la traducción 205, 294, 326, 510, 876, 888, 900), donde se aprecia la formación epigráfica de Javier del Hoyo, uno de los traductores.

Otros dos aspectos, además de la propia complejidad del asunto en sí, que justifican la necesidad de una traducción muy anotada son, por un lado, el estilo seco y lleno de sobrentendidos en que está redactado el texto, y, por otro, la retorcida redacción que a veces utiliza Higino, hasta el punto de que en un determinado párrafo (fábula CCLIV,5) los autores han considerado oportuno citar literalmente el texto latino en nota a pie de página, y hacer a continuación la siguiente apostilla: «La frase es un buen ejemplo de sintaxis torturada en Higino» (p.309, n.850).

Pasamos ahora a algunas consideraciones relativas a la traducción en sí. Los autores han puesto un especial empeño en que su versión sea fiel al original, pero a la vez comprensible y, lo que no es poco, que sea «un español fluido y grato al oído» (p.40). Para lograr tal objetivo ha sido necesario en ocasiones (y entendemos que la práctica está justificada) «añadir a la frase un nombre propio o un pronombre para aclarar un texto ambiguo o que en latín está claro por el caso en el que se presenta, pero no en español» (p.40). Téngase presente, además, que el latín de Higino a veces adolece de ciertas incorrecciones gramaticales. Por ello los traductores se han visto en la obligación de hacer a veces aclaraciones como la que encontramos en la nota 663 (p.253): «*Eius fuscina*m. Otro ejemplo del latín descuidado y poco preciso de Higino, ya que siendo el sujeto el propio Neptuno esperaríamos *suam fuscina*m».

En lo que concierne a aspectos concretos los traductores han tomado algunas decisiones que los apartan de toda la tradición. Entre ellas merece la pena reseñar, como ellos hacen en la Introducción (p.41), el hecho de que todas las abstracciones divinizadas se citan sin el artículo; así, escriben «Hijos de Noche» en lugar de «Hijos de la Noche», de la misma manera que se dice «Hijos de Gea», pero no «Hijos de la Gea». También mencionaremos, como muestra de una traducción muy cuidada hasta en sus últimos detalles, la novedosa propuesta interpretativa que hacen en relación al sintagma «*id est lysimeles, epiphron, hedymeles*», y que ellos justifican ampliamente en la nota 15 (p.64), de la que transcribimos a continuación solo un breve párrafo: «Nos apartamos en este punto de todos los demás editores, que han escrito con mayúsculas estos tres adjetivos, y los han considerado como tres nuevos dioses, cuando en realidad parece que se trata tan sólo de tres epítetos, tres rasgos característicos del dios Amor».

Otro de los puntos destacables de la obra que estamos reseñando es el extenso Índice de nombres propios que aparece al final de la misma, obra de Javier del Hoyo. Lo más relevante no es su extensión (pp.336-409; en la edición latina de P.K. Marshall [Leipzig, Teubner, 2002] seguida por los traductores dicho Índice ocupa las pp.201-242), sino la minuciosidad con que está elaborado. En efecto, el ‘centenar de contradicciones’ que ellos mismos dicen haber detectado en el texto de Higino, exigía que su elaboración no fuera ‘mecánica’, sino que de hecho ha supuesto una minuciosa labor de investigación que les ha permitido descubrir numerosos errores y

contradicciones, muchos de los cuales han pasado desapercibidos a editores o traductores que les han precedido. Unos pocos ejemplos serán suficientes para probar que tal Índice es por sí mismo un instrumento de inestimable ayuda para quienes se acercan con afán crítico e interés erudito no solo a la obra de Higino, sino también a la de cualquiera de los mitógrafos de la Antigüedad greco-latina.

A veces Higino confunde dos homónimos como si fueran una sola persona; éste sería el caso, por ejemplo, de los dos Meneceos, de los Sarpedones o de las dos Atalantas, según se anota en el Índice (*s.uu.* Meneceo, Sarpedón, Atalanta). También sucede en ocasiones lo contrario, que Higino desdobra en dos un único personaje; ello sucede con Tersandro y Tesandro (*s.uu.*). También es digno de destacar el caso de Astérope, (*s.u.*)/Estérope (*s.u.*), una de las Pléyades, hija de Atalante y madre de Enómao, que en Higino aparece desdoblada como madre de Enómao y como Pléyade, y que en los Índices de otros editores o traductores suele tener tres entradas diferentes (así, por ejemplo en la edición de Marshall, 2002, *s.uu.* Asterope, Esterope, Sterope; o en la traducción de Rincón Sánchez, 2009, *s.uu.* Astérope, Estérope).

Dada la enorme complejidad del material recogido, bien sea en la propia traducción, bien sea en la Introducción, en las notas a pie de página o en el copioso Índice final, debemos felicitarnos por las escasísimas erratas que aparecen en el texto; nosotros apenas hemos detectado media docena, y todas ellas por completo irrelevantes. Por otro lado, también es de reseñar la abundante bibliografía que han manejado y citado los traductores. Tal vez a algún lector le sorprenda que ciertos títulos referidos en las notas no hayan quedado consignados también en el apartado de 'Bibliografía, comentarios y estudios' (pp.45-47) que cierra la Introducción, pero tal estado de cosas parece responder más bien a una decisión tomada por los autores que a un descuido u olvido.

Si hay ocasiones en las que una traducción está a la altura del original, bien podríamos decir que ésta es una de ellas, de suerte que no pocos argumentos tendríamos para pensar que incluso la supera. Y, no menos importante, este mérito concierne tanto a la calidad de la propia traducción, como a la cantidad y calidad de notas que la hacen inteligible en todos sus extremos, y, finalmente, a la disposición y sistematización de los instrumentos de consulta añadidos, que permiten que el resultado sea igualmente atractivo y eficaz para quienes se acercan a ella como meros lectores curiosos o bien como eruditos entendidos en la materia.

Marco A. GUTIÉRREZ

Luis CHARLO BREA - Juan Antonio ESTÉVEZ SOLA - Rocío CARANDE HERRERO (intr., trad. y notas), *Crónicas hispanas del siglo XIII. Crónica latina de los reyes de Castilla, Historia de la traslación de San Isidoro y El poema de Julia Rómula*, Corpus Christianorum in Translation 5, Turnhout, Brepols, 2010, 288 pp.

Este nuevo volumen de la serie *Corpus Christianorum in Translation*, constituido por el comentario y traducción de tres crónicas diferentes del siglo XIII, representa un paso adelante en los estudios latinos medievales, que han experimentado un constante